

tengais ese recelo. Extinguió Dios el fuego de la ira que habian soplado contra mí en el corazón de Rovadin, ¿y soplaré yo en mi corazón las llamas de la ira para vengarme? No, hijo mio, nunca, y mucho menos ahora, tuve por loable la venganza. Vuestros yerros no podrán justificar los míos; obrad como quisiéreis en cuanto á mí, que yo siempre debo seguir el pensamiento de trabajar, ó para haceros feliz, ó para disminuir vuestra infelicidad. Cuanto mas me ofendeis, mas necesidad teneis de mis consejos, que no es el médico inútil cuando se enfurece contra él el enfermo por exceso de la fiebre que le consume, ó en fuerza de un frenesí maligno que le priva de sus sentidos.

23 Á mas de que vos en nada habeis impedido mi felicidad; ahora como este es el fin á que únicamente aspiro, no me debo dar por agraviado. Que los hombres me sean reconocidos ó ingratos; que me procuren la vida ó la muerte; que me vituperen ó alaben, nada de eso ayuda, nada impide el que consiga lo que pretendo; por tanto, para mí todo es lo mismo. Antes, si ~~me~~ de confesar la verdad, vos, hijo mio, habeis concurrido mas á mi bien que á mi mal: porque yo en mi soledad tenia las pasiones en sosiego, pensaba que las tenia totalmente dominadas y sujetas al imperio de la razón, y ahora conozco que no lo estaban del todo; adormecidas estaban, no muertas ni reprimidas. Los encuentros en que me pusisteis me las despertaron é hirieron, y así conocí que aun estaban rebeldes, de tal suerte, que me ha sido preciso hacer gran violencia para sujetarlas; pero cada dia siento en mí mayor esfuerzo para contenerlas, mi brazo con la lucha se ha hecho mas vigoroso: de manera que observo que las pasiones van desfalleciendo poco á poco: experimento que sus impulsos son menos fuertes, sus gritos menos clamorosos, y ya oyen y entienden mejor la voz de la razón y la escuchan, y ya sin tener atrevimiento de rebelarse, se contentan con gemir mudamente, llorando á escondidas allá en lo mas retirado del corazón. Ahora, ¿cuándo hubiera yo conseguido alguna de estas victorias, si vos no me hubiésteis dado campo para la batalla?

24 Así os doy plena libertad á vos y á todo el mundo, para que obreis como quisiéreis, aunque supongo que igualmente lo haréis sin mi permiso, porque espero conseguir que la fortuna y la desgracia tiren uniformemente del carro de mi felicidad. Los buenos me servirán de modelo para obrar como debo, y los malos de escarmiento para evitar el precipicio. El mundo será mi espejo, el cual igualmente nos sirve cuando nos representa el rostro compuesto, que cuando

nos hace ver sus defectos: de todo debe sacar provecho la buena filosofía. Esto por lo que á mí pertenece. Con todo, si miro á vuestro propio bien, no puedo dejar de afligirme viendo que no acabais de poner freno á vuestras pasiones que á cada paso os violentan y os pierden; vuestra experiencia junta á mis consejos no basta á re-frenarlas, temo vuestra última ruina.

25 Yo no la temo, dice el Conde, si vos me prometeis recibir en el seno de vuestra amistad, que indignamente he desmerecido, porque de aquí adelante, primero pasarán las olas sobre el Olimpo, y las entrañas del Etna se verán heladas, que mis pasiones avasallen la razón. Ese volcan interior que ellas me encienden en el pecho, ha de apagarse del todo, y no se ha de dar á conocer ni por el humo. Os doy, señor, mi palabra de honor, que jamás veréis en mí delito que desmerezca vuestra amistad: olvidaos de lo pasado, que yo os libraré de lo venidero. En estas y otras propuestas demasiadamente fuertes, y falsamente seguras, continuaba el Conde, y Miseno prudente le escuchaba; mas no quiso dejar que se apartase tanto de la idea que debia formar de sí mismo, por lo que sonriéndose le dice con dulzura: Hijo, mio, si sois hombre, no podeis hablar de vos mismo con tanta certeza. Yo no me atrevo á decir de mí otro tanto, no obstante que la nieve de las canas enfria las pasiones, y la experiencia corrige los yerros. Mirad: cuando un hombre corpulento y pesado deja caer toda la mole de su cuerpo sobre un frágil bordon de caña, y eso en una bajada escabrosa, ¿qué sucede? El bordon se quiebra, él cae, se precipita, y á mas de eso siente la mano herida y traspasada de las astillas de la caña rota<sup>1</sup>; pues así hace quien se fia de sí en la inclinacion de las pasiones. No os fieis, pues, Efigenia, de vos misma, si quereis evitar vuestra perdicion, y cumplir la palabra que me dísteis de buscar en el seno de vuestra familia, ó en los desiertos de Palestina, un abrigo á vuestros años, y defensa de los peligros en que os viéreis naufragando.

26 Cada vez me temo mas, dice Efigenia, sin osar levantar los ojos. Nunca imaginé que fuese yo capaz de tantos desórdenes, ni que mi razón se resistiese á creer lo que la propia experiencia me obliga á confesar. Busco y no hallo asilo á mi desconfianza, y no sé dónde pueda abrigarme y defenderme de mí propia. ¡Ah, Miseno! decidme si por ventura es posible que yo reciba alguna seguridad en mi recelo justo. En vuestro mismo temor, dice Miseno, es en donde prin-

<sup>1</sup> Ecce confidis super baculum arundineum contractum istum... cui si innixus fuerit homo, intrabit in manum ejus, et perforabit eam. (Isai. xxxvi, 6).

principalmente debéis afirmar vuestra seguridad, por cuanto rara vez cae quien desconfía y teme la caída; como al contrario, frecuentemente se precipita quien camina con satisfacción demasiada. Los prudentes cuando se ven en los peligros, temen, y temiendo miran, consultan la luz de la razón, reflexionan, discurren, y discurrendo conocen el bien y el mal, y las consecuencias de uno y otro: y de aquí viene que aciertan el camino recto de la felicidad. La doctrina, Efigenia, que voy á daros, es sumamente necesaria para lo que me pedís y para que seáis verdaderamente venturosa.

27 La luz de la razón es un admirable don del cielo, guía soberana para acertar en el camino de la felicidad. Escuchadla bien, y seréis siempre feliz. La luz de la razón es fiel; esta voz celestial nunca nos engaña. No imaginéis que es opinión de los hombres sujeta á capricho, á variedad ó á error, porque es una voz divina, un eco de la verdad eterna, que suena en el cóncavo de nuestro cerebro, de donde pasa al espíritu, y así no puede engañarnos. Ya tenéis experiencia que esta voz interior, ni la podemos enmudecer, ni doblarla jamás, lo que es prueba de ser superior á toda fuerza humana. Corra enhorabuena el libertino á rienda suelta por la entera saciedad de sus pasiones, huya, escape, vuele, que por cualquier parte que vaya, siempre irá tras él el clamor de la razón; y quiera ó no quiera, ha de oírle. Enciérrrese en lo mas escondido de su gabinete; tape los oídos á todos los discursos que lo condenan; forme mil ratiocinios á su favor, todo es inútil; por mas que se resista ha de oír claramente la sentencia de la razón, que le dice, *obraste mal*. Quiera despreciar esta voz como preocupación del vulgo ó fábula de ignorantes: píselo con rabia; sin embargo, ella siempre le condenará con libertad y franqueza: haga trabajar al entendimiento para que le disculpe; sude, fatíguese, esfuerce todos los sofismas, empeñe las astucias ocultas de la elocuencia, dé cuantos garrotes pudiere á esta luz de la razón, que en vano se cansará: pisada, oprimida y sufocada, dará gritos muchas fuertes, y aun se hará oír mucho mas en lo íntimo de su alma. Su sentencia es incontestable, siempre es la misma, y siempre ha de decir *hiciste mal*.

28 Vé, pues, Efigenia, que esta no puede ser voz humana: aquel tono soberano con que la luz de la razón sentencia á todos igualmente manifiesta que es órgano de voz suprema y divina. Que sea príncipe ó plebeyo, rico ó pobre, poderoso ó desvalido, la voz de la razón con modo igual y absoluto á todos los hace venir á juicio delante de sí, y con sentencia decisiva y sin réplica condena ó absuelve. Aho-

ra, ¿quién sino una voz divina puede tomar este tono tan independiente y tan formidable aun á los mismos Soberanos? Digan enhorabuena ciertos filósofos que la voz de la razón es voz de la naturaleza. Convengo en eso; pero repito la pregunta, ¿y quién es el que formó nuestra naturaleza para darle esa voz? Y por la respuesta veréis que esos mismos filósofos, por sabios que sean, están obligados á confesar que es Dios, como autor supremo; Dios, que es la misma verdad eterna, que por el órgano de nuestra razón nos habla. Consultadla, pues, hijos míos, consultadla sinceramente, y veréis el camino derecho que lleva á la felicidad. ¡Ah, Efigenia! si la hubiéseis consultado bien, no hubiérais abandonado vuestra *Religion*, vuestra *fe*, vuestra *virtud*; pero no hablemos mas de eso, ya el yerro se cometió; perdonadme que renueve el dolor de vuestro corazón con esta triste memoria.

29 Mientras esto sucedía en *Bitinia*<sup>1</sup> trabajaban allá en la Europa los espíritus malignos, forjando en las cavernas subterráneas las ideas mas conducidas para triunfar de la virtud de Miseno; pero el Ángel protector de este héroe, junto con el que estaba destinado para defender la Polonia, se opusieron vivamente á todos sus depravados designios.

30 Ya en este tiempo los ánimos descontentos de los polacos habían llorado su detestable inconstancia; y á pesar de las virtudes de Lesco, suspiraban por la presencia de Uladislao. La respuesta que de este les llevó el Embajador en vez de apagar, solo sirvió de encender mas la sed de gozarle, si no como rey, á lo menos como ciudadano, como consejero, ó como padre: efecto propio de la sólida virtud, porque siempre el corazón, á pesar de las balanzas de la inconstancia, ha de venir á desealarla. Al modo de la aguja de marear, que despues de dar muchas vueltas, ya á un lado, ya á otro, solo en el Norte viene á fijarse finalmente.

31 Parte entonces el Ángel protector de Polonia, como mensajero fiel, á ofrecer los votos de su nación en presencia del Eterno, deja á Polonia, y de un vuelo rompe las nubes, atraviesa todas las esferas celestiales, y se presenta en la corte suprema<sup>2</sup>. Allí convoca to-

<sup>1</sup> *Bitinia*, provincia del Asia Menor, tiene por lindes al N. el *Ponto Euxino*, al O. á *Paflagonia*, al S. á *Frigia* y *Misia*, al Ocaso, al Bósforo de *Tracia* y el mar *Mármora*. La llaman los turcos *Bescargil* ó *Osmanili*.

<sup>2</sup> Es verdad que es regla de Horacio, que no se ha de llamar á Dios para soltar dificultades; mas á quien aquí llama el autor, no para desatar dificultad alguna, sino para consolar á un hijo benemérito del reino, es un Ángel: así lo

dos los buenos príncipes, que en otro tiempo habian ceñido la corona de Polonia, y á otros ciudadanos de mérito, para que todos juntos hagan mayor fuerza en órden á impetrar del Altísimo el buen despacho de su súplica. Ved, pues, que comienzan á subir por gradas de zafiros y esmeraldas varios príncipes, y delante de todos *Mieceslao I*, quien por beneficio del cielo recibió vista, habiendo nacido ciego<sup>1\*</sup>; y en reconocimiento hizo que todos sus pueblos, que hasta entonces hincaban las rodillas delante de los ídolos, las doblasen al único Dios verdadero. Acompañábale á su lado el conductor celestial, y ofreció al Altísimo los corazones de todos aquellos pueblos que por el ejemplo de aquel Rey le habian adorado en tan vastos imperios, por espacio de mas de dos siglos. Iba á la derecha de *Mieceslao* su esposa *Dobrada* ó *Dambrouca*, hija de *Boleslao I*, rey de Bohemia, la cual con su ardiente celo por la religion romana le convirtió de la idolatría<sup>2\*</sup>. Señálese *Boleslao I* su hijo, príncipe que fue modelo de los que quisiesen ser perfectos: padre de sus vasallos en el trono, rayo y terror de los enemigos en guerra, y ejemplo de devoción á los pueblos en el templo<sup>3</sup>. Seguíase *Casimiro I* el Pacífico, brillando mucho mas que los otros, porque su virtud habia sido mas resplandeciente: virtuoso en el claustro, y despues en el trono: virtuoso en la vida y en la muerte<sup>4</sup>. En lugar del infame *Boleslao II*, llamado el Atrevido, ese *Boleslao*, que habiendo sido el Alejandro de Europa, dando y quitando reinos; habiendo sido el terror de los vecinos, el encanto de los vasallos y admiracion de todos, por entregarse á los deleites impuros, vino á ser el horror de Dios y de los hombres<sup>5</sup>. En lugar, digo, de este Príncipe infeliz, iba san Estanislao, obispo de Cracovia, el cual por haberle reprendido, fue por él martirizado<sup>6</sup>. Seguíanse en fin todos los demás príncipes, cuyas obras merecieron el agrado del supremo Monarca, y todos pidieron que

hizo *Tasso*; y aun el famoso *Telemaco* se vale de *Minerva*, siendo deidad, para sacar á su héroe de una isla á un lugar solitario, donde se le pronostica su dichoso destino. *La noble libertad que concede el poema, la ignora el vulgo.*

<sup>1\*</sup> De edad de siete años, cortándole el pelo, recibió de golpe la vista. (*Anécdotas de Polonia*, año 932).

<sup>2\*</sup> Hizo que echase fuera siete concubinas; y con el auxilio de los misioneros el papa Juan XIII extirpó la herejía. (*Anécdotas de Polonia*, año 965).

<sup>3</sup> Véase *Comp. hist.* — <sup>4</sup> *Ibid.* — <sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> El Rey para molestarlo hizo que le pusieran un pleito pidiendo el precio de un campo que habia comprado: el Santo no tenia prueba de haber entregado el dinero. El vendedor hacia siete años que habia muerto. Recurrió el Santo al ayuno y la oracion, y con espanto de todos hizo resucitar al vendedor, que se

Uladislao, que andaba peregrinando en el Asia, fuese restituido á Polonia.

32 En el ínterin toda la corte celestial estaba suspensa: todos acompañaban con los deseos las súplicas de aquellos Monarcas, que con las coronas postradas en tierra, las cabezas inclinadas, llenos del mas profundo respeto esperaban la decision del Altísimo. Hé aquí que de parte del eterno Omnipotente les anuncia el Serafin supremo que sus oraciones han sido oidas, y que dentro de poco tiempo se verán cumplidos sus deseos. Suenan por todas las bóvedas celestiales alabanzas y acciones de gracias, y no dejan de entonarse y repetirse perpétuas *Aleluyas*.

33 En este momento por órden suprema va un pensamiento á dispartar la indolencia ó pusilanimidad de Andrés, rey de Hungría; el cual prefiriendo las delicias del tálamo á la gloria de la Religion, se habia tranquilizado descargando su deber en el valor y virtud del Conde de Moravia: sujeto mas propio para las empresas de un divertimento ocioso, que para los trabajos y peligros de la guerra. Tan fuerte le es este remordimiento, que no puede el Rey resistirle, no obstante tener su ánimo engolfado en las delicias y regalos. Consulta á su confidente *Branmano*, cuya figura habia tomado falsamente la furia infernal para la engañosa embajada del Conde. Enmudece el valido; no quiere aconsejar en punto tan delicado. En fin, el Soberano resuelve partir; y deja en sus manos la regencia del reino<sup>1</sup>.

34 Ínterin proseguía Miseno el camino de la Tierra Santa, no solo para acompañar al Conde, que mas resuelto que nunca queria apagar con el bálsamo de sus venas ó con sus proezas la memoria

presentó en juicio, y declaró que estaba pagado del todo el precio del campo, y se volvió al sepulcro.

\* No cesó la ira del Rey, y por dos veces le mandó matar; pero los asesinos quedaban suspensos por mano divina. En fin, *Boleslao* rabioso le mató con sus propias manos. (*Anécdotas de Polonia*, año 1077).

<sup>1</sup> *Historia de Malta* del abate Vertot, año 1226.

Aquí se toma el autor la licencia de que han hecho uso todos los poetas épicos, anticipando ó difiriendo algunos sucesos que acaecieron en tiempos diferentes, como les hace mas á propósito para exornar la empresa, que es el objeto de su poema, como pueden observarlo los criticos. En la *Eneida* de Virgilio, donde el poeta juntó á *Dido* con *Eneas*, cuando hubo mas de cien años de distancia de uno á otro. Lo mismo hizo *Tasso* en su *Jerusalen conquistada*, en la que se valió de la irrupcion de los árabes, que fue cuarenta años despues. Igualmente *Voltaire* en su *Henriada*, y cuantos poetas épicos ha habido, que no se ciñeron á los fastos, personajes, ni tiempos de la historia pura. Y lo mismo hace aquí el autor, que anticipa el suceso catorce ó quince años.

de los delitos pasados, sino tambien para conducir á Efigenia al lugar de su destino, sirviéndole al mismo tiempo de guarda á su virtud, y de decencia á su sangre. Neucasis poco á poco se iba insinuando en el ánimo de Efigenia, viendo que solo de ella podia esperar por ser princesa, y caminar á sus Estados.

35 Insinuábase sordamente en el corazon del Conde el espíritu de la *envidia*, porque las furias infernales no desistian de la empresa comenzada, y cada vez le era mas horrorosa la figura y el carácter de Neucasis, no obstante haber sido su mas íntimo amigo: cualidad propia de corazones apasionados que se mudan como las veletas de las torres al compás que el viento de las pasiones se muda; cosa bien opuesta á la conducta de los que se fundan en el sólido merecimiento, los cuales no se mudan, aun cuando la fortuna ó las circunstancias faltan. Miseno sin perder tiempo iba instruyendo poco á poco á Efigenia en las máximas que habia de seguir para alcanzar la sólida felicidad, las cuales las iba ella combinando con los dictámenes de la *Religion*, hallando en todo una admirable armonía; y esta era de ordinario la materia de la conversacion de aquellos dias, en que los cuatro caminaban á la Siria, enteramente ignorantes de lo que en el libro eterno estaba determinado.

## LIBRO XXIII.

Agrádase Dios de Efigenia, y el Conde la mira con horror por celos imaginados de Neucasis.—Desafia á Neucasis, y lo mata en el duelo, núm. 4.—No puede llegar Miseno á tiempo para estorbarlo.—Toma el cadáver de Neucasis en sus brazos, y con trabajo le quita la espada de la mano, núm. 5.—Tiene el pueblo á Miseno por el homicida, y lo aprisiona.—Huye el matador, que era el Conde.—Encuentra al Obispo de San Juan de Acre, embajador, y le da noticia de lo sucedido.—Declara al pueblo el Obispo la inocencia de Miseno.—Indica lo mismo una paloma.—El Obispo y Miseno van á ver á Efigenia, y esta se desmaya.—Vase Miseno á Bitinia.—Encuentra en el camino al Conde.—Le enseña tres especies de amor.—Quédase en Asia, y el Conde va á Constantinopla.

1 Desde el altísimo trono en que se manifiesta el Monarca supremo, se inclinaban sus ojos con agrado á Efigenia, que estaba totalmente convertida: toda la infelicidad pasada la servia de basa á su heroica resolucion. La nobleza de su sangre, que la infundia espíritus generosos, empezó á respirar luego que se vió libre de la es-

clavitud, á que la pasion de amor la habia reducido: semejante al águila real, que roto el lazo en que se mira presa, se remonta mas y mas sobre las nubes, y ve con horror el lugar en que hubiera pe-ligrado; así Efigenia no podia ver al Conde sin desagrado íntimo del corazon; no obstante que le veia muy mudado: solo por urbanidad admitia la conversacion de Neucasis, cuyo servicio le era necesario por la delicadeza del sexo, lo dilatado de las jornadas, y las muchas asperezas del camino.

2 En el pecho del Conde hervia la sangre negra y requemada de los celos: cada palabra de Efigenia á Neucasis le era una lanza, cada mirada una saeta. Comienza el entendimiento á oscurecerse y á perderséle la memoria: olvida todo lo pasado: sus promesas, la doctrina de Miseno, y su experiencia propia todo huye de su reminiscencia. La niebla de su entendimiento sensiblemente se hace mas espesa, llega á ser una nube negra que fulmina relámpagos, estalla truenos, y dispara centellas y rayos. Comienza tambien á mudársele el semblante, los ojos ven las cosas al revés, los oidos adulteran las palabras, el ánimo les da un sentido envenenado; y así, abierta la puerta de su corazon á la furia de los celos, de tropel se le van entrando por ella todas las demás pasiones, y su alma infeliz deja de ser señora aun de la habitacion en que vivia. El odio, la venganza, los recelos, la ira, los engaños, las inquietudes, el amor y la pasion la traen al rededor como un remolino; ya la oprimen, ya la impe-len, ya la levantan, ya la abaten: unas veces la hieren, otras la muerden, otras la despedazan, y la pobre alma desfallece y gime.

3 Cuando los demás reposaban de la jornada al abrigo de las tinieblas, el Conde salia dando gemidos por los campos y bosques, todo entregado á la desesperacion y al error, hasta que una madrugada resuelve desafiar á Neucasis para que disputen en campo de duelo el derecho al corazon de Efigenia, que alevosamente se le robaba este su rival. ¿Para qué he de conservar, decia, una vida que me sirve de tormento? Ó vengza yo, ó quede vencido, este infierno solo así se acaba; si muero, no puedo tener penas; si vivo, no tendré quien me las cause. Dijo; y sin admitir el consejo que la luz de la razon le enviaba, al modo de un relámpago va sin detenerse á provocar á Neucasis.

4 El imaginado favor de Efigenia habia ensoberbecido á Neucasis, quien sobre astuto, vil y mañoso añadía ahora de nuevo ser insolente, gloriándose con vanidad de la desgracia del Conde. Acepta desde luego el desafio, y á un bosque vecino se van á disputar con